

El salón del maestro

Por: Adriana Puleo Ponte

Siempre quise ser maestro de escuela. Algo infantil. Trabajar cerca del alumno, poquito a poco.

Con esta frase empieza poco antes de las seis de la tarde una conversación con José Manuel Briceño Guerrero.

Media hora después debe partir, dejando escapar sutilmente una ordenanza:

Si alguien quiere escribir sobre mí, es fundamental que vaya a uno de mis seminarios.

En el primer piso del edificio Terepaima los alumnos esperan a Jonuel. Un par fuma desde el balcón, mientras que un joven muchacho es el encargado de subir y bajar para abrir la puerta. Hay sólo algunos pupitres, unas 20 sillas. Todas dispuestas alrededor de un gran mesón.

Dato curioso: Se trata de un grupo poco común: muchachos que apenas tocan los 20 años, un hombre barbudo y sombrero que reparte papeles entre los presentes, varias damas y caballeros que hace rato pasaron los cuarenta, unas tres parejas de mediana edad y

un par de jóvenes bque onitas a quien Briceño Guerrero les dedica uno que otro piropo.

El maestro de escuela, como a él le gusta llamarse, está a la cabeza.

¿Qué quiere dejar en ellos? - pregunto más temprano.

Intento que a través de los estudios literarios las personas se conozcan a sí mismas. Que descubran sus características interiores, contradicciones, dolores, angustias... A veces la interioridad de una persona esta oculta, envuelta de una superficie, débil, frágil... Me gustaría que esa interioridad pueda revelarse sin violencia...Suavemente.

A descubrir el mundo interior... ¿Y qué de lo que está afuera?

Si mis alumnos son capaces de comprenderse a sí mismos, quizás tengan más posibilidades de comprender a los demás. Hay algo que los antropólogos llaman vergüenza étnica. Existe entonces un rechazo que no sólo se manifiesta



Briceño Guerrero: No me gusta ser un profesor que dicta conferencias y que los alumnos tengan anotaciones. Mi sueño es de ser un maestro que enseña a leer o escribir.

contra miembros de la cultura que no son occidentales, sino también con partes de nuestra interioridad. En el alma, en la conciencia, hay también una tendencia a excluir aspectos de la propia vida como si fueran malos o perversos. Parte de mi trabajo sería llegar a una dimensión de conjunto, de aceptación.

Los asistentes al seminario toman pocas notas, se disponen a escucharlo, a interrumpirlo para agregar un detalle curioso, a asentir con la cabeza. Rompe el hielo del discurso serio para comentar de un graffiti en Mérida que hace referencia a la famosa frase del filósofo alemán, padre del existencialismo Friedrich Nietzsche:

Dios ha muerto
Nietzsche

Nietzsche ha muerto
Dios

Todos se ríen... alguien da un aplauso que se acobarda al ver que los otros no le siguen.

¿Y cómo comenzó su inquietud por ser profesor?

Profesor no. Maestro...
...Maestro
No me gusta ser un profesor que dicta conferencias y que los alumnos tengan

anotaciones. Mi sueño es de ser un maestro que enseña a leer o escribir, pero no siempre la actividad fue gratificante. Cuando estudiaba segundo grado, me pidieron que un día me encargara de primer grado, con derecho a regla, incluso.

Paréntesis: Briceño Guerrero recupera en sus gestos la inocencia de hace 70 años. Antes de continuar adquiere la tristeza de un niño que pierde su primer balón.

Pero fracasé. No me respetaron, se rieron de mí. Quizás es porque mi voz siempre ha sido bajita. Cuando me gradué del Pedagógico (Profesor de Educación Secundaria, en 1951) también trabajé en un Liceo. No duré ni un año. Menos mal que la mala racha se acabó...

En 1975 fue convocado por primera vez un grupo de estudio, con el nombre de Seminario Lento de Estudios Epistemológicos para investigadores. Casi todos los miembros eran profesores de la Universidad de Los Andes, de distintas disciplinas. **En esos años observé que se había popularizado una cosa llamada lectura rápida, para leer textos en el menor tiempo posible. Aquello conducía a una superficialidad increíble.**

Sí servía, por ejemplo, para leer noticias de periódicos, pero no para profundizar el pensamiento. Así surgió este seminario, al que entra quien lo desea, donde no hay evaluación. Leo, junto a mis alumnos, poco a poco, considerando cada párrafo, escuchando los comentarios y las preguntas de cada participante.

Durante el 2005 trabajaron con Shakespeare. Hace una década invirtieron dos años en transitar el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso del poema de la *Divina Comedia* del italiano Dante Alighieri. Otro par conociendo a fondo la Biblia y texto sagrado indio Bhagavad-Gita. El dominio de distintas lenguas modernas y antiguas de Briceño Guerrero y alumnos que han aprendido junto a él hace que puedan compartir textos de grandes filósofos griegos y contemporáneos en su idioma original a la par de la traducción al español.

¿Es acaso una reacción contra el sistema de formación académica tradicional?

En las clases impartidas en la universidad es muy difícil llegar a profundizar, pero es un hecho inevitable que no crítico. El tipo de

exámenes que hacen obliga a los estudiantes a no leer libros sino resúmenes de libros. Luego los exámenes preguntan sobre estilo y cosas que se aprenden mecánicamente. De modo que los grandes libros no se leen. Me temo que hay algo falso en ello.

Es difícil revertir la situación, por eso propuse que con voluntarios se construyera una forma de educación más profunda donde no predominen los exámenes, que exista entonces un acercamiento a las cosas que se estudian producto del amor y no de un título o un certificado. Creo que por eso es que mis alumnos son tan fieles.

¿Qué puede decirme de sus alumnos? ¿A quiénes recuerda especialmente?

Prefiero no hablar de ninguno, porque siempre se escapa alguien. Lo que te puedo decir es que nunca me he sentido solo. Ellos han sido una de las cosas más hermosas que he conseguido en Mérida.

Recuerda noches mágicas junto a ellos. Algunos viernes se desvelaban para leer otras grandes obras, como los diálogos de Platón.

Comenzábamos a eso de las ocho, en la sala de mi casa en La Pedregosa. Parábamos para hacer algún comentario y seguíamos así hasta culminar el texto. A veces a las nueve o a las once de la mañana, mis alumnos iban y compraban empanadas para desayunar. Mi mamá todavía vivía en esa época. Me dijo: “Hijo mío, está bien lo que haces, pero es un poco excesivo”. Así que decidí hacerlo quincenal.

Hubo quienes sospecharon de ese tipo de actividades. Incluso dijeron que era líder de una secta satánica.

He tenido una gran continuidad y fidelidad en el estudio. Eso puede que haya despertado alguna

vez desconfianza. Leímos grandes obras de la literatura universal, la *Divina Comedia*, *El Fausto*. Quizás la Iglesia católica se enfadó, porque manejamos temas así. Debe haber otras cosas, pero no me he puesto a investigar, porque no me interesan. No sólo se trató de lo que me comentas. Recuerdo que cuando leímos por varios años *la Crítica de la Razón Pura* nos apodaron el Club de Tobey. Fíjate que ese curso, por pura casualidad, estaba formado por puros hombres. Algunas esposas de mis alumnos se pusieron bravas y decían: ¿Qué tanto le ve usted a ese Kant?

Perseverantes por lo que esperaban de la vida.

Dicen que la felicidad consiste en que el oficio coincide con su pasión. Entonces puedo decir que soy feliz... claro, esa es una definición reducida de la felicidad.

Al terminar el seminario, Briceño Guerrero se para en la puerta. Espontáneamente los alumnos se ponen en fila, en una imagen similar a los saludos a los novios en una boda o en los pésames. Esperan pacientemente para despedirse con un buen apretón de manos y un abrazo. “**Que gusto verte**” le dice a un buenmozo muchacho. Otro le cuenta de una película que vio y le dejó impactado. “**Nos vemos el viernes**” dice el maestro a un par de señoras. “**Sin falta**” contestan en coro.

www.saber.ula.ve/iconos

Universidad de Los Andes
Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico (CDCHT)
Centro de Teleinformación (CTI)
Corporación Parque Tecnológico de Mérida (CPTM)
Mérida - Venezuela

Redacción: Adriana Puleo Ponte | Diseño gráfico: Taima Pérez

